

PERESTROIKA (I) El mundo ha cambiado

TODOS LOS PARTIDOS Y TENDENCIAS DE LA FILIA socializante, desde la socialdemocracia hasta el marxismo-leninismo, lucharon siempre por

CIENCIA POLITICA

ampliar los poderes y el intervencionismo del Estado y, en el caso extremo o totalitario, por entregarle al aparato estatal la propiedad y la administración de todos los medios de producción bajo un sistema de economía centralmente planificada.

La idea de que el Estado podría ser un medio más igualitario y eficaz que la actividad privada para producir, administrar y distribuir los bienes y servicios de la comunidad, provino, en parte, como consecuencia de reacciones contra la despiadada acumulación capitalista de la primera revolución industrial y, en otra gran parte, fue el inicio de un hermoso sueño de los que siempre el hombre ha soñado para escapar de las duras realidades del mundo. De estas confluencias nació la Utopía Socialista, perfeccionada como idealización libresca a lo largo de más de dos siglos por un puñado de eminentes pensadores, entre ellos y sobre todos ellos, por Marx y Engels. La utopía adquirió solidez filosófica y pretendió constituirse en una etapa histórica superior y posterior al capitalismo. Con Lenin, su fiel creyente, llegó al poder en Rusia hace 70 años y con Stalin se consolidó y endureció como sistema totalitario que abarcó el inmenso territorio de la URSS y que fue capaz de formar la alianza victoriosa de la Segunda Guerra Mundial y extender por muchos países, incluida la Europa Oriental, el terrible modelo de la dictadura del proletariado. Modelo que también, para pasmo del mundo, cobijó a la populosa China, además de otras naciones en Asia, África y América Latina.

Por su parte, los partidos socialistas democráticos, enemigos de los extremismos violentos, respetuosos de las normas del juego democrático y de la legitimidad del voto popular, por la vía civilizada llegaron al gobierno de importantes naciones como Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Suecia, España.

Pues bien: ese largo, heroico y vasto experimento ideológico de hacer del Estado “el papá de todos con intervención en todo”, en sus dos corrientes, la democrática y la totalitaria, ha fracasado. Ahora, como lo veremos en esta serie de análisis en torno de la *perestroika*, podemos afirmarlo sin vacilaciones: el sistema fracasó como estructura y filosofía estatal, como práctica de gobierno, como aparato productivo, como nuevo modelo social, como programa democrático e igualitario, como concepción científica, como respuesta a la naturaleza y a los anhelos humanos.

La primera rectificación importante fue la de François Mitterrand, quien, ante las crudas realidades del ejercicio del poder, como jefe de gobierno y del socialismo francés, nos sorprendió a todos con una praxis gubernativa que contradecía y se apartaba abiertamente de su viejo credo partidista. Después vino la valiente y honda rectificación de Felipe González. Como Presidente de España y jefe del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se enfrentó con la corriente izquierdista de su partido que pretendía obtener una votación mayoritaria —que casi logra— declarando el carácter marxista del PSOE. No vaciló Felipe en llevar a cabo, con energía ejemplar, el programa de conversión industrial que limpió a España de empresas oficiales deficitarias, en facilitar la entrada de capital y tecnología extranjeros, en conducir una lucha contra la inflación sin concesiones populistas y, en

I TRIMESTRE 1988

fin, en lograr el ingreso de su país a la CEE, con todos los compromisos políticos, económicos y militares implícitos.

No se detiene allí el sorprendente movimiento de la gran rectificación histórica que estamos presenciando. De la corriente democrática socialista pasó a su versión totalitaria y fue el Partido Comunista Chino (PCCh), también en el poder, el que, sin importarle mucho una posible gran escisión, sacó del partido a los utopistas enloquecidos de la llamada Revolución Cultural —muy semejante a la continuación de la lucha de clases, desde el poder, de Stalin, con la cual pudo eliminar con aplausos a todos sus enemigos políticos— y tomó franca y abiertamente el camino de regreso a la iniciativa individual y la economía de mercado. “Un Estado y dos sistemas”, según la expresión de Deng Xiao-Ping, resume la franca contrarrevolución capitalista que se ha abierto paso en la mitad de ese país de viejos comerciantes.

Fue bien difícil que Moscú, la cuna de la revolución comunista mundial, diera su brazo a torcer. Pero el proceso de progresivo deterioro, advertido desde tiempo atrás en todos los frentes de la vida soviética, hizo inevitable aceptar el camino de las rectificaciones.

Mikhail Gorbaciov, en su “Mensaje a Rusia y al mundo entero”, que con el título de *Perestroika* está circulando en todos los idiomas, confiesa con abrumadora franqueza —y, a ratos, con humildad, aunque sin dejar en ciertos párrafos su arrogancia— cómo el sistema soviético ya no funciona.

Es patética la larga enumeración de las dolencias del sistema, hasta el punto en que el lector piensa que nadie hubiera podido imaginar la profundidad, extensión y gravedad de la crisis a que está enfrentada la URSS. Crisis que afecta las bases esenciales del sistema en cuanto que éste, después de 70 años de terribles esfuerzos —como de trampagos estímulos tendidos por la historia— no logró alcanzar en grado aceptable ni la prosperidad, ni la igualdad, ni la moralidad, ni la felicidad, ni la libertad tan pregonadas por la Utopía Socialista.

El mundo, pues, ha cambiado completamente en su esquema ideológico. Lo que implica, desde luego, un cambio de 90 grados en su vida política y económica.

Hagámonos unas preguntas. Por ejemplo: ¿Cuáles son las fórmulas que tiene ahora la izquierda para favorecer los anhelos de las clases populares? Entre los predicadores de utopías y los creadores de riqueza, ¿quiénes son hoy los amigos del pueblo? Ante las realidades de la historia de los socialismos, realidades ya registradas y aceptadas oficialmente por sus actores en el poder, ¿podríamos decir que estos esquemas políticos han muerto?

La década de los ochenta es la más trascendental del Siglo XX, como se ha expresado ya varias veces. Durante sus breves años el mundo ha cambiado dramáticamente. En Colombia y América Latina tendremos que hablar ahora de nuevas realidades políticas.

Tito Livio Caldas